misioneros á abrir el paraíso á muchísimas almas.—Porque, gracias á estas cantidades casi imperceptibles, pero que, acumuladas, forman algunos millones cada año, se establecen misiones, se fundan colegios, se levantan hospicios, se recogen expósitos, se compran párvulos, se los bautiza, se los educa, se los instruye en nuestra santa Religion, se los forma de manera que, no solo consiguen ellos su salvacion eterna, sino que vienen á ser instrumentos de los que se sirve la infinita misericordia de Dios para procurar la salvacion de otros muchos; siendo con el tiempo ó fervorosos catequistas, ó ejemplarísimos eclesiásticos, ó misioneros verdaderamente apostólicos. Resultando de aquí que, quien con su desprendimiento contribuye á dar impulso á esta Obra santa, á poca costa contrae grandes merecimientos delante de Dios, del Catolicismo y de la sociedad, y se hace acreedor á una corona brillantísima en el cielo. Amen.

ENTRADA DE UNA MONJA.

DISCURSO ÚNICO.

¿En qué consiste el sacrificio que la monja hace a Dios?

Ecce nos reliquimus omnia, et secut sumus te: quid ergo erit nobis? (*Matth.* XIX, 27.).

¡Cuán simples mostraron ser los Apóstoles haciendo esta pregunta á Jesucristo! Persuadidos de haber hecho una gran cosa renunciándolo todo para seguirle, con un candor propio de niños inocentes le hablan por boca de san Pedro y le dicen: Ya veis, Señor, el gran sacrificio que por Vos hemos hecho: por Vos hemos dejado cuanto poseíamos, por Vos lo hemos renunciado todo, todo absolutamente, sin reservarnos la más pequeña cosa: *Ecce nos reliquimus omnia.* Y bien: ¿qué nos dareis Vos en justa recompensa de este desapropio tan universal, de esta renuncia tan perfecta, de este sacrificio tan generoso? *Quid ergo erit nobis?*

¡Hombres! se les pudiera contestar, ántes de señalaros el premio, justo es sepamos el valor de lo que renunciasteis; porque segun fuere el mérito de las cosas sacrificadas, tal deberá ser la paga y la recompensa. ¿Qué es, pues, lo que habeis renunciado por amor de Jesucristo? ¿acaso algun trono? ¿por ventura algun rico patrimonio? ¿tal vez alguna gloria parecida á la de Salomon? ¡Ah! responden, hemos dejado nuestra barqui-

lla que poseíamos en el lago de Genesaret!—¿Eso.... ¿toda una barquilla habeis dejado por Jesucristo?.... ¡Sí que habeis renunciado á una hacienda muy pingüe! ¡sí que habeis hecho un sacrificio bien arduo! ¡sí que sois merecedores de un premio bien grande! Dejar toda una barquilla..... ¿cabe un hecho más heróico? ¿cabe una resolucion más generosa? ¡Cándidos! si comparais el valor de vuestra barquilla con los bienes que Jesucristo os ha dado, desde luego echareis de ver que en seguirle más ganais que no perdeis, más recibís que no dais: y si no fueseis tan buenos y candorosos, casi se podria sospechar que dejasteis vuestra barquilla por miras de especulacion. Valga lo que valiere la barquilla que dejasteis: ¿y esa fe que en cambio habeis recibido?.... ¿y ese poder que como por vía de indemnizacion se os ha comunicado?..... ¿y esa autoridad que reprime los elementos, cura á los enfermos y lanza los demonios?.... ¿y la gloria eterna que vendrá despues? Reflexionadlo un poco, y vereis cuán ténue es en sí vuestro sacrificio, y reconocereis que en vuestro sacrificio no es Jesucristo quien gana, sino que sois vosotros.

Adivinaria, hermana en Jesucristo, lo que estuvisteis pensando vos todo este rato que yo he estado hablando. ¿A qué viene, os preguntariais, contarme esta anécdota? ¿por qué en el acto de mi entrada en el claustro se me recuerda todo esto?—Escuchadme con atencion, y lo sabreis.

Os lo recuerdo porque sentiria fueseis del número de ciertas almas cándidas que, porque renuncian á cuatro bagatelas de este mundo miserable y se consagran á Dios en el estado religioso, se figuran desde luego hacer por él un sacrificio tan grande que apénas ha de saber como recompensárselo; por cual motivo le dicen con una satisfaccion á veces mal disimulada:

Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: quid ergo erit nobis? No es así, hermana, no es así: para Dios todo sacrificio es pequeño, toda oblacion es pobre y mezquina. Aun cuando por El renunciaseis á un patrimonio tan pingüe como el de Asuero, y dejaseis un trono tan glorioso como el de David, y os desprendieseis de unos placeres tan encantadores como los que se gozaban en el palacio de Salomon, si atendeis á lo que El merece de vos, vuestro sacrificio seria muy ténue, vuestra renuncia tendria escasísima importancia. Y aun prescindiendo de lo que El merece de vos, y atendiendo únicamente al valor intrínseco de las cosas que por su amor hoy renunciais, ¿no son bien pobres y miserables?

Por amor suyo renunciais al mundo..... ¡cierto! Pero ¿qué es en sí ese mundo que renunciais, hermana, qué es? ¿es más que humo, ilusion y vanidad? ¿es más que un tejido de errores, mentiras y engaños? ¿Pudiera él haceros sólidamente dichosa, aun cuando no lo renunciaseis? ¿pudierais esperar de él otra cosa que desaires, escarmientos, traiciones y disgustos? ¿Sabeis de alguno que haya encontrado en él la verdadera felicidad? Si os parece gran cosa dejar el mundo por Dios, sabed, os dice san Jerónimo, que no pocos lo han dejado por conveniencia: lo dejó Crates y lo dejaron muchos otros filósofos del gentilismo: *Hoc enim et Crates fecit philosophus, et multi alii.* (1) Por amor de Dios dejais á vuestros padres, hermanos y parientes..... ¡justo! y dejais á unos padres que os aman con ternura, á unos hermanos que os quieren con sinceridad, á unos parientes de quienes sois el embeleso y casi estoy por decir el ídolo. Pero ¿acaso habia de ser muy duradera vuestra estancia con ellos? ¿no habia de llegar pronto el dia en que ó vos los dejaseis á ellos, ó ellos os dejasen á vos? ¿Hay cosa

1 D. Hier. lib. III in Matth. cap. XIX.

estable sobre la tierra? ¿La muerte no acaba con las afecciones más dulces, con los lazos más estrechos, con las compañías más íntimas y simpáticas? ¿no ha de separar en breve al padre del hijo, al hermano del hermano, á la hija de la madre? Si teneis por gran sacrificio dejar padres, hermanos y parientes por Dios, sabed que este sacrificio lo hacen muchos por pura especulacion: los deja la doncella que se coloca en el matrimonio, los deja el mancebo que abraza la carrera militar, los deja el jóven que sigue el comercio: *Hoc enim et Crates fecit philosophus, et multi alii.* Por amor de Dios renunciais á todo lo que más apetece la naturaleza depravada, obligándoos espontáneamente á vivir pobre, obediente y casta..... ¡exacto! Pero ¿es muy costoso abrazar una pobreza en la que se tiene seguridad de que nada ha de faltar? ¿es muy arduo someterse á una obediencia de la que se sabe que no ha de ordenar sino cosas muy hacederas y justas? ¿es muy difícil guardar castidad en un estado en el que no hay ni objetos que provoquen, ni ejemplos que tienten, ni ocasiones que arrastren? Si reputais por una accion muy heróica renunciar por Dios, y del modo que acabo de decir, á los placeres de la carne, á la posesion de bienes temporales y al dominio de la propia voluntad, sabed que ha habido muchos que renunciaron á todas estas cosas solo por seguir las inclinaciones de su génio y temperamento: *Hoc enim et Crates fecit philosophus, et multi alii.*

¡Ah, hermana! vale en sí tan poco todo lo que hoy por Dios renunciais, que si vuestra sinceridad y buena fe no nos fuesen tan conocidas, tendríamos derecho á sospechar que lo renunciais por miras interesadas y solo por especulacion y por cálculo; siendo evidente que en ello más ganais que no perdeis, recibís más que no dais. Por si dudaseis de esta verdad, que pone de manifiesto la pequeñez de vuestro sacrificio, os recordaré

las palabras de Jesucristo, verdad eterna é indefectible. Cualquiera, dice, que por mi amor dejare su casa, padres, hermanos ó posesiones, á más del cielo que me reservo darle en la otra vida, en la presente recibirá ya el ciento por uno de todo lo que hubiere dejado: *Omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem..... aut agros propter nomem meum, centuplum accipiet.* (1) ¿Oisteis? vos por Dios dejais *uno*, y Dios en premio va á daros *ciento.* No solo, dice san Gregorio, porque él sabrá hacer con su gracia que goceis *cien* veces más en la privacion de las cosas dejadas de lo que os gozariais con su posesion; (2) no solo, dice san Jerónimo, porque él os dará los bienes espirituales en tal abundancia que sobrepujarán tanto á todos los bienes materiales cuanto él *céntuplo* sobrepuja á la *unidad;* (3) no solo, dice san Ambrosio, porque él se pondrá en lugar de todo lo que dejais, y se hará vuestro padre, vuestra madre, vuestro hermano, vuestro tesoro y vuestro todo; (4) sino porque por bienes caducos, os dará bienes imperecederos; por bienes viles, bienes preciosísimos; por bienes humanos, bienes divinos; por bienes terrenos, bienes celestiales; por bienes momentáneos, bienes eternos. De suerte que, dejándolo todo por Dios, vais á ser *cien* veces más dichosa de lo que seriais si no dejaseis nada. ¿Y direis que no sabeis especular? ¿direis que estais haciendo un gran sacrificio?..... Cuidado en no dar á la cosa una importancia que no tiene.

¿Pues qué? me respondereis, ¿no tiene mérito alguno todo lo que estoy haciendo? ¿no vale nada el dar un eterno adios á cuanto más amo sobre la tierra, un adios al padre, un adios á la madre, un adios á los hermanos, un adios á los parientes, un

1 Matth. XIX, 29
2 Apud Alapide in expos. hujus textus.
3 Ib.
4 Ib.

adios á las amigas, un adios á la casa, un adios al pueblo, un adios á todo, y un adios por siempre?—No digo eso, no digo que no tenga su mérito el dejar todas las cosas por Dios: ¿y cómo habia de decirlo, si yo mismo acabo de ponderar los grandes premios que os esperan por esta universal y generosa renuncia? Lo que digo es que esta renuncia, considerada en sí misma, y prescindiendo de las dificultades especiales que puede haber en hacerla, no tiene la importancia que muchos le atribuyen, ni es un sacrificio tan costoso como quizá vos suponeis. ¿Sabeis lo que tiene importancia verdadera? ¿sabeis en qué consiste el gran sacrificio que la monja hace á Dios? Escuchad, què voy á decíroslo.

Consiste principalmente en hacer una contínua violencia á la propia naturaleza, la cual llevada de su inconstancia natural, se cansa pronto del rigor de la disciplina monástica, y aspira á librarse de ella como de un yugo verdaderamente insoportable. ¡Oh qué sacrificio es este, hermana en Jesucristo, qué sacrificio es este! tal vez sea el mayor y más penoso de cuantos tiene que hacer la religiosa. En los primeros meses que se vive en el claustro todo se ve fácil, todo se encuentra suave, todo se hace delicioso. Sea porque entónces el fervor suele ser más sensible, sea porque los ejemplos de las demas religiosas hacen mayor impresion, sea en fin porque la misma novedad sorprende y entusiasma, lo cierto es que en este primer período se suele marchar por la senda de la virtud. no á paso regular, no con paso acelerado, sino á la carrera, sino al vuelo, conforme la frase del gran Profeta: *Viam mandatorum tuorum cucurri, cum dilatasti cor meum.* (1) Las oraciones son devotas, las meditaciones frecuentes, las lecturas atentas, las confesiones humildes, las comuniones fervorosas, los exámenes minu-

1 Psalm. CXVIII, 32.

ciosos, la presencia de Dios contínua. Las humillaciones no mortifican, recrean: la sujecion no repugna, place: la obediencia no molesta, deleita: el trabajo no cansa, divierte: el ayuno no enflaquece, engorda: el silencio no fastidia, embelesa: la observancia regular no es una carga, es una delicia, un cielo. Diríase que de un salto se ha llegado á la cumbre de la perfeccion, que entrar en el monasterio y hacerse gran santa ha sido una misma cosa.

Pero estas felices disposiciones no suelen durar mucho: pasa la novedad, pasan las primeras impresiones, y con ellas pasa tambien el fervor que se sentia en un principio. Pronto revive el génio, pronto renace el temperamento, pronto se echa de ver que las pasiones no estaban muertas, sino adormecidas. Las humillaciones ya no recrean, mortifican: la sujecion ya no agrada, repugna: la obediencia ya no deleita, molesta: el trabajo ya no divierte, fatiga: el ayuno ya no engorda, postra: el silencio ya no embelesa, aburre: la observancia de la regla ya no es una delicia, es un peso, y peso inaguantable. ¿Qué hace la monja en esta nueva situacion? ¿cede á la naturaleza que la tira hácia la mitigacion y la inobservancia? Entónces se disipa, entónces vuelve atrás, entónces lleva dentro del claustro una vida poco ménos que mundana. ¿Trata de cumplir los deberes de su estado á pesar de la repugnancia que la naturaleza le pone? Entónces comienza su sacrificio, el grande, el verdadero sacrificio que hace á Dios no por un dia, no por un año, no por un lustro, sino por todo el tiempo de su vida. Con un génio tal vez altivo tiene que ser humilde, con un carácter tal vez dominante tiene que ser obediente, con un natural tal vez perezoso tiene que ser aplicada, con un temperamento tal vez frio tiene que ser caritativa, con una índole tal vez colérica tiene que ser pacífica, con una carne tal vez decididamente inclinada á los pla-

ceres del sentido tiene que vivir retirada como los anacoretas, austera como los penitentes, casta como los Angeles.

¡Qué sacrificio! sacrificio arduo sobre todo cuanto yo sabria decir, porque es el sacrificio de sí mismo, el de todos los dias, el de todos los momentos, el de toda la vida; pudiendo la monja decir con san Pablo, que su vida, como la de Jesus, es una mortificacion contínua, una abnegacion perpétua que siempre empieza y nunca acaba: *Semper mortificationem Jesu incorpore nostro circumferentes.* (1) Ahora bien, hermana en Jesucristo: ¿os sentís con bastante valor para hacer á Dios este sacrificio? Si es que no, retiraos de ese altar, volveos á vuestra familia; que no es para vos el estado de religiosa. Más os valdrá ser una fervorosa cristiana en el mundo que una monja negligente y tibia en el claustro. Pero si os veis con ánimo para haceros viva hostia de Jesucristo, vivir siempre abrazada con su cruz, y copiar en vos misma su pobreza, su obediencia, su castidad, su mansedumbre, su paciencia, su abnegacion; entónces—¿qué demorais?—un adios á los padres, otro á los hermanos, otro á los parientes, otro á las amigas, otro al mundo, y.... adentro. Que los padres lloran..... no importa, adentro: Jesucristo ha dicho: Quien ama al padre y á la madre más que á mí, no puede ser mi discípulo. Que la familia suspira.... no importa, adentro: Jesucristo ha añadido: Quien me pospone á los hermanos y á las hermanas, no puede ser discípulo mio. Que el mundo se lamenta.... no importa, adentro: si él se compadece de vos porque lo dejais, compadeceos vos de él porque no puede seguiros. Cuando el sol se oculta en el hemisferio inferior, no es de él de quien se ha de tener lástima, sino de la tierra que él abandona: él lleva consigo su hermosa luz, y la tierra queda envuelta en pavorosas tinieblas.

1 II Cor. IV, 10.

¿Lo entendeis, hombres del mundo? Dejaos ya de hacer aspavientos porque esta jóven, mil veces más cuerda que vosotros, se consagra á Dios en el claustro, abrazando una vida retirada, solitaria y penitente: dejaos de hacer como quien se espanta y horroriza de ello. Si á vosotros os asusta su soledad, sabed que á ella la horrorizan vuestras juntas y vuestros teatros: si á vosotros os pasma ver que ella se ampara del santo retiro, sabed que á ella la asombra ver que vosotros permaneceis tranquilos en los mayores peligros y ocasiones de condenaros: si vosotros solo os ocupais de cómo habeis de vivir, entended que ella solo piensa en cómo ha de morir. Ella sabe que ha de dar á Dios estrechísima cuenta de todos los instantes de su vida: sabe que, si bien pudiera salvarse en el siglo, en el claustro le será mucho más fácil y seguro: sabe que, si bien en el mundo pudiera esperar una vida regularmente feliz, en el claustro puede prometerse una muerte sumamente dichosa: sabe que en el mundo todo es vano, vanos los honores, vanos los placeres, vanas las riquezas, y que todo junto no podria darle la felicidad que su corazon apetece: sabe, en fin, que la vida es breve, que la muerte es cierta, que sus consecuencias son decisivas, y que más vale encerrarse en un convento por no condenarse, que condenarse por no haberse encerrado en un convento.

Adios, pues, tú que nos dejas, y dejas por siempre, adios. Pídele al Señor muchas gracias para los que quedamos, así como nosotros le pediremos muchas bendiciones para tí que te vas. Adios, en el cielo nos veamos. Amen.